

nos, habiendo consultado al abad Bessarion sobre la regla que debia guardar, le dió por gran máxima que se callase y que no presumiese jamás de sí mismo. Decia tambien del abad Pior, que cada dia pensaba que no hacia más que empezar.

Cuantase que cuando los ancianos se juntabén con él, si al discurrir sobre las virtudes de los antiguos solitarios, llegaban á nombrar al abad Sisoés, decia al instante. « No hablemos de este grande hombre, porque seria demasiado difícil expresar la eminencia de sus virtudes.

Hablando un dia del solitario Agaton que todavia era jóven, le dió el título de abad. Los que se hallaban presentes le dijeron: « ¿ Porqué le llamaís abad, puesto que es tan jóven? » A lo cual respondió: La discrecion de su lengua le ha merecido este título. »

Decia del abad Alone que, habiéndole un hermano preguntado en qué consistia despreciarse á sí mismo con una verdadera humildad, respondió que en ponerse debajo de los animales privados de razon, porque al menos estos no tienen la desgracia de cometer pecados que les espongan á ser condenados en el juicio de Dios. Citaba tambien de él esta sentcncia: « Si un hombre hace atencion á aquellas palabras de la Escritura: « *Sereis justificado o condenado segun vuestras palabras* (Matth. 12-37.), preferirá callar más bien que hablar. » Decia tambien del mismo que la disipacion es la fuente de nuestras faltas.

Finalmente contaba que hallándose á comer con algunos ancianos, el abad Alone les servia, y que aquellos ancianos empezaron á alabarle mucho, pero que él no les respondió ni una palabra. Despues de la comida, llamóle aparte uno de ellos, y le preguntó porqué habia guardado silencio mientras se le alababa tanto. A lo cual contestó con estas hermosas palabras: « Si yo les hubiese respondido, habria parecido consentir en lo que decian en favor mio. »

Refiérense del abad Alone tres hermosas sentencias: 1º Si un religioso no se dice a sí mismo: « Solo hay en el mundo Dios y yo, no podrá gozar del verdadero reposo del alma. 2º Yo no podré levantar el edificio de mi perfeccion sino en cuanto me destruya á mí mismo. 3º Si quereis obrar bien, no hay momento desde la mañana á la noche en el que no podamos levantarnos hasta Dios. »

Decia tambien haber aprendido del abad Ammon esta hermosa sentencia: « Un solitario puede haber morado cien años en su celda, sin que sin embargo en todo este tiempo haya aprendido cómo debe morar en ella.

Contaba que un dia yendo un hermano á consultar al abad Simon le dijo: « Padre mio, sucédeme que cuando salgo de mi celda, si encuentro á un hermano que se disipa me disipo con él; rio tambien con otro si le veo reir, y esto es causa de que, cuando entro de nuevo en mi celda, mi espíritu no puede morar en ella tranquilo. » A lo cual el abad Simon respondió. « ¿ Vos quereis reir al salir de vuestra celda, con los que rien, y hablar inutilmente con los que hablan, y hallaros despues al entrar otra vez en ella como cuando de la misma salisteis? » -- « ¿ como debo yo pues postarme? » pregunto el hermano. « Helo aqui, respondió el abad Simon: Ya sea que esteis en vuestra celda, ó que de ella salgais, velad igualmente sobre vuestros sentidos y conservaos en el recogimiento. »

Este abad Simon era un hombre de gran reputacion, y tan humilde cuanto era estimado. Dícese de él que el gobernador de la provincia tuvo deseos de verle, y que con este fin fué á su soledad. Notificáronle de antemano esta visita, y dijéronle que se preparase para ella. Voy á hacerlo, dijo él; y cuando comprendió que este señor iba á llegar, cubrióse con un viejo andrajo, tomó un pedazo de pan y de queso, púsose á la puerta de su celda y se echó á comer. Acercándose el gobernador y viéndole en aquel estado, le

tomó por un insensato y se retiró. De lo cual quedó muy satisfecho aquel siervo de Dios.

San Pemen, siendo todavía joven, conversaba un día con un solitario llamado Pedro, que había sido discípulo del abad Lot, y hablándole de sus disposiciones le dijo: Cuando estoy solo en mi celda, mi alma está en paz; pero cuando viene á verme algun hermano y me entretiene con noticias de fuera, la turbacion entra en mi alma. » A este propósito le dijo Pedro: « El abad Lot me decia algunas veces: vuestra llave ha abierto mi puerta. » — « ¿ Qué queria daros á entender con esto? » preguntó Pemen. « Pues queria darme á entender, respondió Pedro, que si alguno viene á veros, le preguntais por de pronto por el estado de su salud; quereis saber de dónde viene, qué hacen los demás hermanos, si ha sido bien recibido de ellos ó no, y otras cosas semejantes, que son como una llave que abre la boca á este hermano y le son ocasion de decirnos muchas cosas que vos no quisierais oír. » — « Esto es verdad, dijo Pemen; pero ¿ qué decir cuando os vienen á ver? Entonces Pedro le respondió: la compuncion os instruye en muchas cosas; pero cuando no se tiene esta, cesa uno de velar sobre sí y cae en faltas. » — « A la verdad yo siento esta compuncion, confesó Pemen, mientras estoy solo en mi celda; pero si salgo de ella ó si vienen á verme, ya no sé conservarla en mi alma. » — « Esto es, le dijo Pedro, porque ella no ha echado en la misma profundas raíces, y porque solo de tiempo en tiempo habeis formado algunos actos de la misma. Hay que distinguir bien el hábito que se ha contraido de una virtud, de los hábitos que algunas veces se hacen para adquirirla. Mientras no se ha adquirido el hábito de ella, los actos que de la misma se hacen son como aquellos esclavos de los cuales se habla en la Escritura, á los que los Judios no podian guardar más que seis años y á los que debian despedir libres en el séptimo

año. Estos actos, digo, son pasajeros y facilmente faltan; pero cuando el hábito ha echado buenas raíces, sucede con él como con aquellos mismos esclavos, que habiéndose casado en la casa de su amo y teniendo en ella hijos, no quieren ya salir de la misma y no piden más su libertad. Así tambien, digo, el hábito alcanzado hace en nosotros la virtud sólida y constante; y hasta pasa en esto como con los hijos ilegítimos, que abandonan facilmente la casa de su padre, mientras que los verdaderos hijos no piensan en dejarla. »

Un seglar, hombre de bien y de una conducta muy regular, fué á ver á San Pemen para edificarse á su lado. Allí se encontró con algunos hermanos que habían ido con el mismo fin; pero el Santo, siempre más llevado por su humildad á aprovecharse de las buenas instrucciones de los otros que no á darlas él mismo, aun cuando á ello le obligó frecuentemente la caridad, rogó á aquel seglar que dijese á la compañía una palabra de edificacion. Excusóse mucho de ello al principio, alegando por razon el que había ido allá para instruirse y no para instruir á los demás. Pero el Santo le instó más, y viéndose obligado á rendirse, dijo: « Yo no soy más que un hombre del mundo aplicado al negocio, que compra á pequeño precio y revende con provecho; yo no puedo discurrir con vosotros sobre las sagradas Escrituras, no habiéndolas leído; pero solamente os referiré una parábola. Había un hombre que deseaba grandemente ver al emperador, y suplicó á uno de sus amigos que fuese allí con él. Este le dijo: « Os acompañaré solamente hasta la mitad del camino. » Habiendo llegado á ella, encontró á otro amigo, á quien rogó que le llevase al emperador, y este le dijo: « Sí, pero yo no os conduciré más que hasta su palacio. » Habiendo llegado á él, rogó á un tercer amigo que encontró allí, que le introdujese junto al emperador, y este le respondió: « Yo bien lo

quiero ; yo os haré entrar en el palacio y os haré hablar con el príncipe. »

Los hermanos le suplicaron que les explicase el sentido de esta parábola ; y él les dijo : « El primer amigo es la penitencia, que nos pone en el camino de la salvacion. El segundo es la castidad, que nos levanta á un estado celestial y nos aproxima al cielo. El tercero es la limosna, que nos hace presentarnos con confianza delante de Dios, soberano señor del mundo. » Los hermanos quedaron muy edificados de este discurso, y en él encontraron un fondo de instruccion propia para alimentar el corazon.

Algunos solitarios preguntaron á San Pemen ¿ porqué el abad Nesteros tenía tanta indulgencia para con su discípulo, puesto que todo lo sufría de él ? Él respondió : « Si yo estuviese en su lugar, hasta le habría puesto una almohada debajo de la cabeza. » Su hermano Anub que estaba presente le dijo : « ¿ Habríaís vos podido justificar delante de Dios una semejante condescendencia ? » Yo habría dicho al Señor, respondió Pemen : « Vos me habeis mandado quitar la viga de mi ojo antes que soñar en quitar la paja del ojo de otro. »

Lo poco que sabemos de este abad Nesteros es tan precioso, que se nos permitirá referirlo aquí, aun cuando la historia de San Pemen quede con esto interrumpida. Volveremos luego á este Santo. Hay que distinguirle de un Nesteros más antiguo, amigo de San Antonio, y anacoreta cerca de Panefyre, y que llevó por sobrenombre el Grande. Este de quien hablamos al presente es llamado por Cotelier el Cenobita. Fué educado desde jóven en un monasterio en el que hizo rápidos progresos en la virtud. Se cuenta de él principalmente que cuando sucedía alguna turbacion en la comunidad por efecto de la fragilidad humana, él se imponía un profundo silencio y no se mezclaba en nada. Habiéndolo sabido San Pemen por relacion, qui-

so saber cómo había llegado á aquel estado y rogó á su superior que se lo enviase. No pudo hacerlo al instante, porque siendo todavía jóven, no podía dejarle salir solo del monasterio. Pero algun tiempo despues, habiéndole pedido el ecónomo que le permitiese ir á ver al Santo para consultarle algunas penas interiores que tenía, el abad le dijo que se llevase tambien allá á Nesteros. Despues que el ecónomo hubo hablado de su conciencia á San Pemen, este Santo tomó á parte á Nesteros y le preguntó cómo había adquirido la virtud del silencio, sobre todo cuando sucedía alguna turbacion entre los hermanos. Nesteros ponía dificultad en decírselo, porque era muy humilde ; pero instado por el Santo, le respondió finalmente que al entrar en la congregacion, se había dicho á sí mismo : « Es necesario que me persuada de que yo y un asno somos la misma cosa. Ahora bien un asno no se queja cuando le pegan ; no responde por cualquier injuria que se le haga. Yo debo pues hacer lo mismo. »

San Pemen quedó tan edificado de esta respuesta, que despues decía de él que podía comparársele á la serpiente de cobre levantada por Moisés, porque estaba lleno de virtudes, y porque guardando el silencio, curaba las llagas de sus hermanos.

Debe atribuirse á este abad Nesteros una sentencia que Cotelier refirió bajo el título del gran Nesteros, al cual no puede convenir, segun nota Tillemont, porque se habla de San Arsenio como si ya estuviese muerto, lo cual no puede ser aplicado al gran Nesteros, más antiguo que el de quien hablamos. Decía pues que los solitarios debian hacer examen dos veces al dia, por la mañana y por la tarde ; primeramente sobre lo que habian hecho para agradar á Dios, y en segundo lugar sobre si habían tenido las desgracia de disgustarle, y en qué ; y que debian conservar constantemente durante toda su vida esta santa práctica. Porque,

decía él, el abad Arsenio la ha observado siempre fielmente. Velad con cuidado sobre vos mismo, añadía, para conservaros delante de Dios en una gran pureza de corazón, evitando las más pequeñas faltas. Cuando orais, representaos que Dios está presente y que vos le estais también presente á él, como si estuviérais con él á solas. No os seais vos mismo la regla, como si quisierais guiaros por vuestro propio espíritu. No juzgueis á nadie. Es monstruoso en un monge el jurar, el proferir una mentira, el echar una imprecación, el injuriar á alguno ó chancearse con él; y debe temer tanto la vanidad, que considere como un gran perjuicio que se le hace las alabanzas que le dán ó los honores que se le tributan.

San Pemen era algunas veces consultado por el abad Sármatas, solitario diferente de aquel de quien hemos hablado en la vida de San Antonio. Por consejo suyo, hacía frecuentemente un retiro de cuarenta días, pasando este tiempo en mayor silencio y recogimiento. El Santo le preguntó un día qué creía él haber ganado con este ejercicio. Sármatas le dijo que había obtenido la gracia de vencer fácilmente el sueño. Este fervoroso solitario decía en cierta ocasión, que prefería un hombre que había cometido un pecado, pero que lo reconocía y hacía penitencia de él, al que no habiendo pecado como el otro, se creyese justo é inocente. Encuéntranse también otros consejos de este Sármatas en la *Recolección de los Padres*. Allí se refiere que un hermano le dijo cierto día: «Viéneme frecuentemente al pensamiento el vivir en la ociosidad y no hacer más que comer, beber y dormir.» Y él le respondió: «Comed cuando tengais hambre, bebed cuando tengais sed, y dormid cuando tengais sueño.» Aquel hermano admirado de esta respuesta, que era más irónica que seria, repitióla á un anciano que había ido á verle, y este le descubrió su verdadero sentido, haciéndole comprender que el Santo no había

pretendido aconsejarle otra cosa sino que tomase estos alivios en cuanto la necesidad de sostener el cuerpo le obligase á ello. Otro hermano dijo al mismo abad Sármatas: «Viéneme frecuentemente el pensamiento de salir de mi celda y de ir á ver á los demás hermanos.» — «No deis oídos á este pensamiento, le respondió él; sino que cuando venga todavía á tentaros, decid á vuestro espíritu: «Yo os había antes escuchado en muchas otras cosas; pero en cuanto á esta no puedo escucharos.»

Queriendo San Pemen enseñar á un hermano cómo debe practicarse la humildad, le decía que cuando se había llegado á aquella pureza de corazón en la cual todas las cosas son puras, según la expresión de San Pablo, entonces se veía por debajo de todas las criaturas. «Pero ¿cómo puedo yo, le dijo este hermano, creerme debajo de un homicida?» — «Es que, respondió Pemen, un hombre verdaderamente puro, viendo á otro que comete un asesinato, dice dentro de sí mismo: Este hombre no ha muerto más que á otro hombre, y yo me doy todos los días la muerte con los pecados que cometo.»

Era una industria de su humildad el ocultar cuanto podía su mortificación y sus demás prácticas de piedad. El abad Daniel, que había sido discípulo de San Arsenio, contaba que un día fué á ver á nuestro Santo con otros solitarios, y que después de haber comido juntos les rogó que se fuesen un poco á descansar. Los otros lo hicieron, decía Daniel; en cuanto á mí, como yo quería hablarle en particular, aguardé á que se hubiese retirado en su celda mientras los otros estaban acostados. Pero cuando quise irle á ver, advertí que al instante en que oyó que me acercaba, se echó sobre su cama con la posición de un hombre que duerme. Lo cual él hacía para ocultar mejor sus santas prácticas.

Un solitario que moraba fuera de las murallas de su aldea, había pasado muchos años sin poner en ella los pies,

y se citaba por ejemplo á otros hermanos reprochándoles que ellos iban allá con demasiada frecuencia. Esto fué referido á San Pemen, quien respondió : « Si yo hubiese estado en su lugar habría entrado en ella de noche y hubiera recorrido sus calles, á fin de impedir á mi corazon que se complaciera á sí mismo por no haber ido allá. »

Aun cuando ocultó cuidadosamente sus piadosas prácticas, guardóse bien sin embargo de hacer ninguna cosa que pudiese escandalizar á los demás. Vióse esto en la ocasion que vamos á referir. Un seglar, siervo de Jesucristo, recibió en su casa á algunos solitarios, de cuyo número era San Pemen, y se los quedó á comer. Sirvióseles carne, y todos la comieron, excepto él. Admiráronse de esto tanto más cuanto que, conociendo su discernimiento, hubiérase creído que él no se habría querido hacer singular. Despues de la comida, preguntáronle la razon de ello, y dijeron : « ¡ Pues qué ! ¿ vos sois el abad Pemen y habeis obrado así ? » Respondióles : « Perdonadme padres míos ; vosotros habeis comido carne, y nadie se ha escandalizado de ello. Pero no ignorais vosotros que hay muchos hermanos que se dirigen á mí ; si ellos supiesen que yo había comido carne, podrían encontrar estraño con razon el que yo les aconsejase que no la comiesen, y esto les haría daño. » Todos admiraron entonces su prudencia y aplaudieron su conducta.

Podemos colocar en el rango de sus principales virtudes su desapego de los bienes de la tierra y su desinterés. No encontraba que conviniese á un solitario el disputar en la venta de sus trabajos con aquellos que los compraban. Un hermano que iba al mercado á vender los suyos, le preguntó cómo debía portarse, y él le dijo : « Guardaos bien de venderlos en más de lo que valen ; y si se presenta alguno para comprarlas á menor precio, amad al que os hace violencia y vendédselas sin dificultad. » En cuanto á él, ni

quería ganar, ni hacer perder á los demás ; y miraba como un provecho para su alma, la ganancia que los demás hacian comprando sus trabajos.

He ahí un rasgo de su historia que prueba cuán desinteresado era. Ocupábase ordinariamente con los hermanos en hacer cestas ; pero como no tenía cuerdas para terminarlas, ni dinero para comprarlas, no las podía vender. Sabiendo esto un solitario que le conocía, advirtió á un mercader, hombre de bien, sobre la necesidad en que se hallaba, y este mercader fué al instante á tomar aquellas cestas todavía imperfectas, fingiendo necesitarlas para su tráfico. El solitario que le había procurado su venta, fué á verle algun tiempo despues, y le dijo lo que había hecho en favor suyo. Pemen sintiólo vivamente porque se había formado como una ley de no recibir de nadie cosa alguna, por miedo de ser cargoso á alguien. Dijo á este solitario : « Os suplico, Padre mio, que alquileis un camello y me traigais de nuevo esas cestas. Yo no puedo resolverme á recibir un gusto á costa de mi prógimo. » Viéndole el hermano con aquel pesar, volvió á traer las cestas que Pemen recibió con tanta alegría cuanto otro la hubiese tenido por haber encontrado un tesoro.

Negóse en cierta ocasion á decidir sobre lo que un solitario debía hacer de una sucesion que le había caido, y el cual venía á consultarle sobre esta materia. Despues de haber pedido tres dias para pensar en lo que debía aconsejarle, le respondió : « Yo no sé, hermano mio, qué deciros. Si os aconsejo que la deis á la Iglesia, se harán festines sobre esto ; si os digo que la deis á vuestros parientes, Dios no os lo tomará en cuenta ; si os exhorto á darla á los pobres, no lo querreis hacer. Disponed pues de ella como os plazca ; en cuanto á mí, no quiero responder de este negocio. »

Este gran Santo no iba jamás á la iglesia sin que antes

se hubiese preparado á presentarse allí delante de Jesucristo con una gran pureza de corazon. Examinaba para ello todos sus pensamientos y afectos, y empleaba una hora entera en examinarse de este modo. Entraba algunas veces en un tan profundo recogimiento al meditar los misterios de nuestra religion, que levantándose por encima de los sentidos, llegaba hasta el éxtasis.

El abad José contaba haber sabido del abad Isaac, que estando un dia sentado junto á él, se apercibió de repente que estaba en éxtasis. Como era íntimo amigo suyo, despues que hubo vuelto en sí, echóse á sus pies, y le suplicó que le dijese en dónde había estado su espíritu en aquel tiempo. El Santo no le respondió hasta despues que le hubo instado mucho á ello; y finalmente le dijo: « Hallábame en espíritu sobre el calvario con la santa Madre de Dios, que lloraba al pié de la Cruz; y os confieso que quisiera pasar toda mi vida llorando de la misma manera. »

Es probable, que se halló presente en la muerte de San Arsenio; porque se dice en la *Recoleccion de las palabras notables de los Padres de los desiertos*, que San Pemen, viendo que él había entregado el alma, exclamó derramando muchas lágrimas: « ¡ Cuán dichoso, sois, oh Arsenio, por haber llorado tanto en este mundo! Los que no lo hacen, llorarán en la eternidad. O hay que derramar lágrimas voluntarias en este mundo, ó prepararse á derramar las con desesperacion en medio de los tormentos eternos.

El gran Arsenio hacía un caso tan grande de su virtud, que algunas veces refería sus sentencias como oráculos para servir de instruccion á los hermanos. Uno de ellos fué cierto dia á decirle: « Padre mio, quiero meditar con frecuencia en lo que he leído en las sagradas Escrituras; Pero mi corazon no se mueve con ello á compuncion porque no penetro bien su sentido, lo cual me aflige mucho. » A este propósito le respondió San Arsenio. « No dejéis sin em-

bargo, hijo mio, de proseguir meditando sobre estas divinas palabras; porque he aprendido del abad Pemen y de algunos santos padres, que asi como aquellos que conjuran á las serpientes no oyen las palabras que pronuncian para ello, y sin embargo las serpientes sienten sus efectos, de la misma manera aun cuando nosotros no concibiéramos nunca el sentido de las divinas Escrituras, los demonios lo comprenden muy bien, y conociendo su poder se espantan de él, y nos abandonan, no pudiendo resistir la fuerza de las palabras que el Espíritu Santo ha proferido por la boca de sus siervos los profetas y apóstoles. »

Pondremos aquí la historia edificante de un anacoreta de Constantinopla, que San Pemen contaba á los hermanos como bastante reciente entonces para servirles de ejemplo de humildad, é inducirles á huir la estimacion y las alabanzas de los hombres. En uno de los barrios de Constantinopla que se llama el séptimo, decía él, al que los emperadores, al salir de la ciudad, acostumbraban ir para tomar algun reposo, había un solitario que guardaba un exacto retiro en su pequeña celda. Habiéndolo sabido el emperador Teodosio, quiso verle, y prohibió á las personas de su séquito que se acercasen á la celda. Adelantóse completamente solo, quitóse la diadema para no ser conocido, y llamando á la puerta, el solitario le abrió y no le reconoció. Despues de haber hecho segun costumbre la oracion, sentáronse, y el emperador le preguntó cómo vivian los solitarios de Egipto. « Todos ruegan por vuestra prosperidad, le respondió él, hablando más bien por una inspiracion secreta que por alguna sospecha que tuviese de su dignidad. » Sin embargo echando Teodosio una tojeada por todas las partes de la celda, no vió en ella más que algunos panes secos en una cesta, y le dijo: « Padre mio, dadme vuestra bendicion, y despues comeremos un poco. » Al instante el solitario tomó agua, y echó en ella un poco de sal, y

empapó en la misma pedazos de pan de los que comieron juntos ; despues de lo cual, le presentó agua de la que bebió. Entonces Teodosio le preguntó si le conocía, y él le confesó que no ? « Yo soy el emperador, replicó él ; Yo he venido por la devocion de veros. » A estas palabras el solitario se echó á sus pies para manifestarle su respeto, y Teodosio le dijo : « Sois bienaventurados, vosotros los solitarios ; os veis libres de las ocupaciones del siglo ; llevais una vida dulce y tranquila ; no teneis otro cuidado que el de la salvacion de vuestras almas, y no trabajais más que para el cielo. Yo, por el contrario, que he nacido entre la púrpura imperial y que me siento en el trono, puedo con verdad decir que jamás me he sentado á la mesa sin tener el espíritu preocupado con mil cuidados. » Dióle en seguida muchas muestras de estimacion de su virtud, y se retiró.

La misma noche, haciendo aquel siervo de Dios reflexion sobre aquella honrosa visita, dijo dentro de sí mismo : « Yo no puedo morar más aqui ; porque, cuando se sepa que el emperador me ha hecho el honor de verme á ver, no solamente muchos del pueblo, sino tambien los grandes señores de la corte y los senadores vendrán aquí y me honrarán como un hombre de Dios. A la verdad, esto no les podría dañar, puesto que lo harían teniendo á Dios á la vista. Pero en cuanto á mí, tengo todo motivo de temer que el demonio no se sirva de ello para seducirme, inspirándome gusto en sus alabanzas y complacencia en el bien que dirán de mí. Así que yo perderé la virtud de la humildad, llenándome con el gusto de las alabanzas de los hombres. » Despues de estas consideraciones, no aguardó á que se hiciese de dia, sino que salió de su celda y se retiró á Egipto en el desierto, para vivir allí con los otros solitarios. He ahí, queridos hermanos míos, añadía San Pemen, con qué cuidado estuvo atento este siervo de Dios en conservarse en humildad, para no perder el fruto de sus trabajos, y

para obtener de Nuestro Señor Jesucristo en el cielo la recompensa de ellos. »

Sería de desear que los historiadores nos hubiesen dicho el tiempo y las circunstancias de la muerte de San Pemen, pero ellos nos lo han dejado ignorar. Tillemont cree que ha habido dos con el nombre de Pemen, el uno más antiguo que el otro, sin que este de quien hablamos hubiese vivido demasiado tiempo. Pero los continuadores de Bolando han probado en un sistema cronológico que han dado para fijar el tiempo de su muerte, que él pudo haber vivido ciento diez años. Lo cual nos obliga á abandonar la opinion de Tillemont, puesto que no faltan ejemplos de solitarios que hayan vivido tan larga vida. El nombre de San Pemen se encuentra en el *Martirologio romano*, en el 27 de agosto. Los Griegos celebran su gran oficio el mismo dia, y le tributan grandes elogios, como lo hemos notado ya.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN PEMEN ¹

En la Vida de San Pemen hemos traído una parte de las instrucciones edificantes que daba á los solitarios ; pero la relacion de sus acciones habría quedado interrumpida si hubiésemos inserto en ella todas las que los autores de la *Historia monástica* nos han conservado. Recogemos aquí las principales que formarán como un cuerpo de doctrina espiritual que todavía nos harán comprender mejor la eminencia de sus luces, la grandeza de su sabiduria y la piedad de sus sentimientos.

¹ Casiano, Cotelier, Los Bollandistas.